

“EMPIEZA A MOVERTE”



Andrew Levy. *Artifice in the Calm Damages: Identity, Flesh, Songs of Innocence*. Tucson: Chax, 2021.

Andrew Levy imparte actualmente clases sobre periodismo en la Borough of Manhattan Community College, CUNY. Su biografía académica acierta al contextualizar también su obra poética. Por ejemplo, su interés por el jazz, por el contexto cultural y también por la teoría cultural. Según su perfil de esta universidad los problemas a los que presta atención son los que están sacudiendo la era contemporánea: el poder, la identidad, la representación, la historia, la ética y los cambios sociales. Y yo añadiría que también la política es otro de sus temas. En su acercamiento formal a la poesía, él mismo reconoce en esa nota que participa de la disonancia en el arte de la improvisación y su importancia en la poesía modernista y postmodernista americana. Aparte de su vertiente asociada al periodismo, su currículum se completa con la docencia sobre pensamiento crítico en la University of New York. Aquí, además, reconoce que los problemas de la globalización, la economía, la política, la ética otra vez, y la de defensa de la vida saludable y sostenible—tal como aparece su ensayo “A Great Blue Wet World of Thought”—serán objeto de debate en su signatura.

Si he comenzado por estos detalles de su faceta académica es porque realmente ahí se encuentra toda la polifonía de temas y voces que se despliega en *Artifice in the Calm Damages*. Este es un libro denso que evoca la aridez del mundo moderno: la civilización en ruina una vez que el colapso de la ecología, la explotación económica y la falsedad de los políticos han sedimentado en las urbes de todo el mundo. Es verdad que su atención extrema a los acontecimientos diarios en este libro proviene de su apego al periodismo. Sin embargo, aún proliferando tal acumulación de datos y eventos, Levy consigue que estos no se queden fijados sólo históricamente sino que sirven para documentar la precariedad del lenguaje en su acercamiento a la realidad que se presenta. Todo va más allá gracias a la poesía. Es ahí donde Levy logra descolonizar el lenguaje y el conocimiento sobre esa América que tiene una identidad especial, no en vano este libro está dedicado de manera elocuente “A América, cualquier cosa que sea”.¹ Pero también está dedicado a su esposa e hijas, a las que hay que añadir el extraordinario número de dedicatorias de poemas a familiares, amigos y poetas—entre estos, Ammiel Alcalay, Hannah Wiener, Ted Pearson o Steve Benson—

¹ Todas las traducciones al español corresponden al autor de esta reseña.

revelando su preferencia por el contacto humano como sustrato esencial de una civilización que no se debe derrumbar.

Levy es alérgico a la mecanicidad formal y de contenido en *Artifice in the Calm Damages*. Sus variaciones formales van desde versos largos y cortos hasta poemas en prosa, e incluso poemas narrativos abordando discursos que se tornan en “un argumento para una revolución cultural y social, ya que sus cognados políticos y económicos se han quedado cortos”, tal como señala Tyrone Williams en el prefacio. El primer poema da lugar al título del libro y comienza de sopetón con un catálogo de imágenes relacionadas con lo que apunta Williams: “Llegará bajo la piel, no dejará huella. Es retrocompatible. Los pesticidas neonicotinoides amenazan a nuestras abejas. El sudor contingente al trincar el dinero de un montón de soldados viciosos promete la salvación de una camada de jerarquías con y sin fines de lucro que gobiernan y plasman sobriedad por contrato para revertir el aburrimiento en Technicolor bajo el cual vamos a la guerra” (15). Sólo hay que pasar a la página siguiente con otra afirmación concluyente: “No somos personas, somos litografías” (16). Levy relega la metáfora en favor de la literalidad para mostrar cómo se cancela el status de la condición humana y es reemplazada por la serialidad, que fomentan las instituciones políticas y el mercado.

Las 171 páginas de este libro argumentan y se construyen con episodios básicos sin la presencia de ídolos en el horizonte. Más bien su lenguaje acerado presenta el status reificado de la realidad y la crítica a pautas sociales caducas, que Tyrone Williams define de este modo: “Es una llamada a las armas contra los ejércitos de la desinformación” (11). Los episodios son de tipo ecológico: “los tanques de Exxon, las plantas de jabón con vertidos residuales en los cruciales cursos de agua” (16); el recuerdo paradójico de un desastre, “El desastre de Fukushima impulsa el turismo a Chernobyl” (123). La cartografía de la guerra y la plomiza política americana que despliega Levy es abundante y no exenta de destrucción y derrotas morales: “Es imposible ser un poeta. Escanearé mi pasaporte y espero que sea suficiente. ¿Ha reemplazado la violencia a la medida? ¿Una vez que estás dentro puedes echar fuera a la gente? No aceptes lo inaceptable, la idea detrás de lo inaceptable, y conviértete en una serpiente despreciable” (21); “En Norteamérica no hay reglas. Creo que los mejores tiempos están por llegar si el dinero lo permite” (103).

Para él, lo que ha solidificado dicha política son los presidentes americanos apoyando el constante y productivo tráfico de armas, que tiene efectos muchas veces letales en su propio país: “Desde el presidente con sus viajes al extranjero para visitar a los líderes mundiales aliados, hasta los ministros de asuntos exteriores y hasta el personal de las embajadas americanas” (46). La diana también es Barack Obama—y su doble postureo de progresismo y halcón de la guerra—quien refuerza la estructura del estado totalitario cuando responde a las consecuencias de la matanza de niños y mujeres en un país tan alejado de Estados Unidos como es Pakistán: “El gobierno de Obama no documenta ni reconoce las muertes de civiles provocadas por ataques con drones de la CIA en Pakistán” (47). La visión de Levy se opone a esos crímenes e impunidad que se aceptan e incluso normalizan la patología de un presidente.

Sí, este poeta presenta una voz crítica, ecológica y social que arranca del transcendentalismo americano de Henry D. Thoreau, y que se reafirma cuando cita al economista E.F. Schumacher: “Las cosas realmente útiles no se harán desde el centro: no las pueden hacer las grandes organizaciones; pero sí que las pueden realizar las propias personas” (24). Es obvio que esta sugerencia se ha tensionado muchas veces en Estados Unidos por intereses económicos. Levy reconoce esa dificultad pero sigue apelando a una visión optimista—y transcendentalista otra vez—que da esperanzas para un mundo mejor, basándose esta vez en una cita de Marshall McLuhan: “No hay absolutamente ninguna inevitabilidad siempre que haya voluntad de ver lo que está sucediendo” (25).

El “empieza a moverte”, que da título a esta reseña está entresacado de su poema “Last Night” y es la conclusión de estos versos que le preceden: “Despídete, sal a escena, procesa cada moral y angustia solitaria, la invocación del cómico, la charla de los médiums y concentración” (20). Uno de los subtítulos de este libro remeda el *Songs of Innocence and of Experience* de William Blake, donde éste contrastaba la experiencia que se alinea con el mundo en derrumbe frente a la inocencia que se relaciona con el mundo activo y equilibrado. Del mismo modo, Levy no inventa sino que contempla hechos social y políticamente mediatizados que informan de opresión y destrucción. Paralelamente, su voz poética es también capaz de resucitar y evocar la posibilidad del renacimiento de un mundo que confía en la palabra para la validez del contraste cultural, la renovación de la vida y, por qué no, capaz de algún tipo de bienestar. Eso sí, hay que empezar a moverse.

Manuel Brito